



CLAUDIO ZEIGER

INICIACIÓN A LA NOCHE

emecé

Claudio Zeiger

Iniciación a la noche

emecé

Esta es la historia de un comienzo.

Quise encarar el comienzo concreto del acto de escribir, por fuera de cualquier ensoñación, de cualquier mitología personal.

¿Por qué quería escribir? ¿Para qué? Hoy contaría con un dejo de melancolía no exenta de pudor: para acelerar la combustión, el proceso destructivo. Como sobreviví a la noche, al sexo y a la literatura concebidos como hechos malditos, solo me quedaba desandar el camino inverso: el de la construcción de la experiencia, la revisión de lo actuado, la composición arduamente buscada, la indagación acerca de las formas. Lo que sigue son los fragmentos de un yo que siempre está comenzando hasta que logra publicar su primer libro, en el borde del cambio de siglo, siendo, irónicamente, en ese límite, un escritor *todavía* joven.

Estas son crónicas de juventud, sexo y traición. Una iniciación a la noche entendida como metáfora,

tiempo y espacio de lo real, laberinto de calle trajnada, noches del deseo.

Cuando pensaba que me iba a costar reponer sentimientos y sensaciones que hoy podrían estar sepultadas bajo las inclemencias del paso del tiempo, pronto descubrí que debajo de las cicatrices están las heridas. Como si no hubieran pasado no solo los años sino, tampoco, los libros. Pero el que siempre me tuvo atrapado como un misterio es el primer libro, esquivo, por momentos inalcanzable.

Todavía hoy me pregunto por qué me empecinaba en escribir sobre un tema marginal sin prestigio, sobre una tipología en extinción como la de los taxi boys, un ejército proletario sin épica. Podría decir: insospechadamente, los deseaba, no solo como sujetos de una modesta utopía de clase sino como mis futuros, posibles lectores, quienes, al menos por curiosidad, alguna vez intentarían saber qué habían escrito acerca de ellos.

Buscaba un nombre, un nombre de guerra. ¿Empezar en pose de combate? O tal vez buscaba producir efectos, reacciones, y ahora tal vez sigo buscando efectos, resonancias.

Leo en Carlos Correas, a quien recurriré más de una vez en estas páginas porque siempre me atrajo su conmovedora resistencia a *hacer* literatura, su credo existencial que, sin embargo, advertía en un repliegue de la escritura acerca de los riesgos de «un

arte de la sinceridad» (hoy, yo, alertaría también sobre los riesgos de un negocio de la sinceridad):

¿Y si las profundidades que yo buscaba estaban vacías?

Confieso que no tengo la respuesta, si bien tiendo a creer que aun en las peores circunstancias de la Historia y de la vida íntima, no todo es en vano.

Otra forma de ver la cuestión planteada por la duda de Correas es preguntarse si las profundidades, vacías o no, realmente existen, o si estamos condenados a lidiar simplemente con las superficies de la vida.

A esas superficies de trasfondo a veces insondable, de aquí en más las llamaré *experiencia*, materia ineludible, áspera, deseada, de todo comienzo. De la noche.

Es uno de esos amaneceres sombríos del tiempo del desarraigo. Mi viejo y yo flotamos como fantasmas frente a las dos hornallas prendidas de la cocina sólida y descascarada; en una, el jarrito con leche pronto empezará a largar su ruido seco a quemado, en la otra se calienta de a poco el agua de la pava ennegrecida.

Todo es drásticamente deplorable. Por orden de mi madre, seguramente, mi padre se ve o se siente obligado a levantarse antes de las seis, como yo, para hacerme el café con leche. Son los primeros días de la secundaria. Mi viejo es un hombre de la noche, vinito y nostalgia. Está haciendo un verdadero sacrificio. Se prepara el mate, pero no lo toma, como una forma de reforzar esa ceremonia enteramente dedicada a mi incipiente educación. En cierta medida, pensará el padre, está despuntando el reinado del hijo.

Seis y media estoy afuera, voy solo hasta la parada del colectivo 104 sobre la calle Molina. Me imagino a mi viejo volviendo sobre sus pasos, ensillando el mate y cebando, empezando a chupar la bombilla, manoteando el diario del día anterior, desesperado de sueño. Unas semanas después, ya no se despertará conmigo, la regla establecida durante alguna conversación de los esposos se irá disolviendo en el aire.

Solo en la cocina de madrugada proceso mejor mi desarraigo, la pérdida irrefutable de la infancia, la súbita extinción del mundo. Ya soy un solitario rumiante, pero poco dado a la victimización, al hastío, al ufa adolescente.

Ahora que vuelvo a vernos me pregunto: ¿cómo lo llamaba yo entonces a él? No estoy seguro. ¿Cuándo empecé a decirle viejo, aunque sea

mentalmente? El «viejo» del chico que va creciendo mientras el padre se vuelve ilustre y un poco aparatoso.

Mi viejo, mi padre, me acompaña hasta la puerta de calle, y juntos caminamos esos pocos pasos hasta la «puertita» de salida, la de madera pintada de blanco. Salgo a la claridad todavía lechosa de afuera rumbo a la escuela Normal. Chau, pa. Te sigo viendo.

Cruzo Montiel y pronto estoy clavado en la esquina de Molina esperando al bendito 104. Lento y parsimonioso, este colectivo pertenece a la estirpe de los Citroën y los Renault que irá coleccionando mi padre en los años de conductor: tardanzas, demoras, plantones, ruidos extraños, explosiones. Para que no los acusen de adelantarse y perder pasajeros, los choferes van a una velocidad irritantemente baja por esas calles internas de Liniers y Mataderos hasta que toman la avenida Rivadavia y ahí parecen despabilarse como si recién entraran en la ciudad vertiginosa. A veces, un pasajero desprevenido, que no pertenece a nuestra pequeña comunidad donde el 104 es una institución amada y odiada como el equipo de fútbol del barrio, no puede creer estar atrapado en semejante situación: calles despejadas, semáforos verdes y el colectivo no avanza.

Un chofer imperturbable a cualquier reclamo. Ni siquiera contestan. Pero nadie vaya a creer que en esos días estoy de humor como para hacer de estos episodios una comedia costumbrista a la manera de una tira de Mafalda, como hasta hace poco jugábamos en casa a ser la familia tipo y a repetir los comentarios inteligentes de Mafalda, Felipe o Miguelito.

Estoy instalado en el conflicto del desarraigo. Ya lo dije: no me victimizo. Pero tampoco soy feliz. Estoy tenso, alerta. Día a día, va desapareciendo el hijo comediante de la risa fácil. Supongo que me impongo un papel más serio, quizás solemne. Pronto caigo en la cuenta. Seguir enfundado en un guardapolvo blanco, el guardapolvo blanco igualitario de la Escuela Normal, es otro gag de la vida, mi cáscara de banana privada. No nos dejan ser estudiantes normales con *blazer* azul, nos anclan, eternos, en la infancia.

La doble dirección de antes —o ibas hacia Mataderos vía Alberdi y Directorio, o ibas hacia Liniers vía Montiel— se convirtió en una mano única y bastante insólita. Los primeros lunes o martes y hasta los miércoles, cuando la semana parece empezar a orientarse hacia alguna parte, no entiendo qué hago atravesando la plaza Once, sórdida de escupitajos y basura. No entiendo el Once, no entiendo el colegio por dentro. ¿Por qué es tan grande,

tan frío, tan húmedo? ¿Acaso todo eso existía el último verano o fue una escenografía montada para celebrar mi muerte y mi renacimiento convertido en una especie de niño proletario que viene de tan lejos?

Más avanzada la secundaria, cuando tenga que quedarme después de la hora de salida para la clase de gimnasia de las tres de la tarde, iré descubriendo cierto encanto en recorrer la calle Urquiza, o Catamarca, bajo un solcito de otoño o primavera. Y una noche, viendo por televisión un programa nacional más bien espeluznante, *División Homicidios*, descubriré que un episodio se había filmado en una casa chorizo de Urquiza por la que pasaba bastante seguido.

Por ahora, trazo una nueva cartografía signada por la calle Molina, la paralela a Montiel, me clavo en la esquina donde nada anuncia la parada del colectivo. De pronto aparece un chico que sale tan temprano como yo, pero va a un industrial, es muy alto y amable conmigo, sonrío, tiene cara de manzana saludable y conversamos mientras el colectivo se decide a hacerse ver, allá lejos. El nuevo amigo, mayor que yo, o mayor para mí, está lleno de entusiasmo y preguntas y respuestas y, sin embargo, cuando subimos al colectivo, se zambulle en el fondo y abre su bolso de donde saca algo, cualquier cosa que lo distrae con la cabeza gacha. Cuando

volvamos a vernos, solos en la madrugada, volverán el saludo, las preguntas y sonrisas.

En el segundo año habrá una novedad de peso en el colectivo. Un día voy para el fondo y antes de sentarme, veo a un chico embutido en el asiento trasero, el largo, en el que para mí es el peor lugar, el más incómodo, el segundo desde la ventanilla que está al lado de la puerta. Atrapado entre dos adultos, lleva guardapolvo blanco. El descubrimiento, la revelación, va a desplegarse en unos cuantos días, quizás semanas, porque no lo encuentro todas las mañanas. Para mí era un chico de séptimo grado. Sube unas cuadras después que yo, por Alberdi; una vez lo veo subir, no es tan pequeño, pero sí delgado y pálido. Y casi siempre va a dar a ese asiento. Otro día me sorprende: se baja en la última parada del 104 sobre Rivadavia antes de pegar el giro para entrar a plaza Once. Yo suelo bajarme en la parada de la plaza, que es la terminal. Prefiero caminar de más para no estar tan pronto en la puerta del colegio donde nos vamos juntando. Así que él también va al Mariano Acosta. Nos miramos y nos rechazamos: somos muy parecidos. Hasta que finalmente, hablamos. Está en primer año. Su voz adulta contrasta con su aspecto. Luce adormecido hasta que abre la boca. Ahora, cuando nos encontramos, me bajo con él y caminamos por Urquiza hasta la entrada y ahí nos perdemos. En el colegio, por los pasillos, casi

nunca lo cruzo, y cuando nos cruzamos me saluda agitando la mano apenas por encima de la cintura, como si fuéramos cómplices silenciosos en el patio de la cárcel. Pero siempre queda oculto frente a mis compañeros de división. No quiero que adviertan que se me parece y empiecen a gastarme. Mi hermanito, mi sombra, aparece para advertirme: ya tenés un secreto, ya tenés un pasado.

Antes de que mi doble haga su tenue aparición, la rutina de ida y vuelta habrá sumado nuevos protagonistas.

Primeros días, primeros acercamientos. Los tanteos son prometedores. No se acercan a mí para hacerme señalamientos acerca de mi físico. Una vez, Daniel me mira y me dice: «Sos una bolsa de huesos» y enciende mis temores. Pienso que puede llegar a mortificarme. Pero Daniel resulta ser el primo de Mariano, que pronto se convertirá en mi mejor amigo. Mariano vive en Parque Chacabuco y en algún momento empezaré a ir a su casa donde además de una familia de hermanos músicos me esperan las novelas de Agatha Christie que lee su madre, leeré una, diez, veinte, una indescriptible mezcla de miedo y goce entra en mi vida. Mariano me habilita además tratos con Martín, con Germán, los futuros basquetbolistas. Germán tiene un hermano mellizo, son altos, morochos, imperturbables. Cuando me meta muy precozmente en la

militancia, apartaré sin explicaciones a Mariano de mi vida, seré muy injusto con él, impiadoso, en el fondo, víctimas los dos de mi dogmatismo y mi miedo al rechazo.

Como quien desarrolla una vida paralela, en esos primeros días también me iré conectando con dos de los chicos malos o no *tan* malos, pero sí rebeldes, los primeros en quedar al margen de los pretendidos efluvios bienhechores del Normal, por el simple hecho de ser los que rebalsamos la línea de Almagro, Boedo, Parque Chacabuco. Nos convoca la distancia, los viajes algo agotadores, el colectivo.

Eduardo Rey, apodado el Abuelo porque tiene un mechón de pelo blanco, vive en Directorio y Escalada, así que volvemos juntos casi todos los días. Pronto se suma Marcelo Francia, que vive en Flores. Me llevo muy bien con el Abuelo, es serio, a veces sombrío, y también es díscolo, aunque su rebeldía degenerará en revancha, oscuridad, violencia contenida. No es para menos. Su padre, un hombre joven, se muere de un cáncer fulminante. El hijo se vuelve pendenciero, pegador. Marcelo Francia es un atorrante muy simpático y se porta mal, pero es más inofensivo. En el colectivo nos enredamos con humor y divagues. Y llegaré a conocer su casa, el departamento de Flores, la abuela demente.

Pasan los meses, un año, dos años, Eduardo Rey y Marcelo Francia se van a ir perdiendo en la

bruma de los días, acumulando previas, amonestaciones, hasta desertar de ese camino trazado por la disciplina, la rutina, la noche que habitamos en pleno turno mañana. Y, a pesar de todo, cualquier paso dado para sentirme mejor en medio del páramo, cualquier intento de pensar que estaría mejor sin padre, cualquier futuro viaje en subte o dos colectivos para llegar al Centro, me devolverán a esos encuentros con mis primeros compañeros de ruta, a los que no debería olvidar nunca, el chico sonriente y saludable como una manzana, mi pequeño doble, el Abuelo y Marcelo Francia, cuando todo estaba atrapado en la fugacidad del instante y si bien sabíamos que no éramos inmortales porque la muerte acechaba, como le pasó al padre de Eduardo Rey, no dejábamos de ser los habitantes del presente.

Compartimos esos primeros viajes circulares como si buscáramos en alguna parte ahí afuera, en las calles, en las imágenes que desfilaban por las ventanillas del colectivo, las señales del futuro, sin saber que asistíamos, en realidad, a la prehistoria de nuestra dispersión.

Reconstruyo ahora esta última salida a Mataderos, a un tiempo todavía quieto, aunque las cosas ya se desplazaban lentamente, antes de disgregarme en el vértigo del viaje sin vuelta, en las luces de la gran ciudad, en la incierta juventud.